

Carta I

Querida Zoe:

Yo sé que tú me perdonarás, aunque no los economistas, si me meto en cercado ajeno. Y para que no me vapuleen desde el mismo pórtico te diré – en esto sí tengo una mínima autoridad – que la palabra “economía” es una voz compuesta griega cuyo sentido es “ley o gobierno de la casa”. Tanto da ésta, aquella o la colmena bulliciosa de una nación. En suma, administrar los recursos disponibles. Como no vivimos en el paraíso, donde basta alargar la mano para coger una fruta mientras no sea ésta una manzana – siempre debe haber algo prohibido en la vida – tenemos que ganar la existencia con el sudor de la frente, de las mentes o de las axilas. Adán, sin ser galeote en galeras, podía leerse el Quijote, hacer crucigramas o bien devanarse los sesos para encontrar el teorema de Pitágoras que, por supuesto, no se llamaría así. Te confieso que

eso de ganarse la vida me resulta me resulta (sic) un poco incomprensible, pues la vida ya nos ha sido dada. Si acaso lo que hay que ganar es que no nos la quiten logrando la sobrevida. De mi capa para adentro, te digo que desconfío de todos aquellos que se dicen muy trabajadores, a menos que lo hagan con la plena libertad de no tener que trabajar. Sarna con gusto no pica. Mi concepto del trabajo es absolutamente ortodoxo. La Biblia nos afirma que se trata de un castigo por desobediencia. La filología asiente porque “trabajo” viene del latín “tripalium” o “tres palos”, esto es, un instrumento de tortura.

Y no te escribo ya más porque debo economizar tiempo y papel, pues ambos están tasados y no conviene despilfarrarlos matando las horas y asesinando los árboles de la moribunda Amazonia.

Carta II

Querida Zoe:

No se puede estar en misa y repicando las campanas. Cada Antón Pirulero debe atender su juego: unos pescan, otros cosen botones y algunos fabrican el hilo para pescar y coser botones. Solamente un Robinson Crusoe debe pescar, remendar la ropa y curarse los pinchazos de las agujas en los pulgares. Pero aquel náufrago barbudo no vivía en sociedad. La economía se basa, ya lo ves, en el intercambio de los productos y la puesta en común de nuestras faenas. Cuando era un niño cambiaba los cromos “repes” por aquellos que no tenía. Solamente que había muchos repetidos y, cosa normal, no valían nada. Así pasa con los parados, que están de más, sobran en el mercado. Pero en este juego de pasarse uno a otro las cosas los hay muy cucos. Unos quieren trabajar menos y ganar más; otros que sus empleados trabajen más y ganen menos.

Ahí tenemos el conflicto, la negociación y la huelga. El problema consiste en saber cuánto vale cada trabajo, cualquier mercancía. ¿Yo te doy medio kilogramo de mantequilla y tú solamente me das un ala de pollo? Para solucionar esta cuestión existe la ley de la oferta y de la demanda. Nadie la ha inventado, es una ley tan natural como la que hace caer las manzanas sobre las cabezas. Si en una clase hay solamente una chica y el resto son chicos, aquella será muy solicitada, pues muchos piden y pocas dan. De ese tira y afloja entre los que compran y los que venden sale el precio justo, aunque a veces sea muy injusto.

Carta III

Querida Zoe:

Hace años daban un programa en la televisión llamado “El precio justo”. Créeme, no es tan fácil saber cuánto cuesta en Japón una merluza o el valor de un jarrón de porcelana china del siglo tercero antes de nuestra era. Las cosas valen – mira una subasta – lo que aceptemos pagar por ellas. Muchas personas prefieren ver a un hombre ágil dando patadas a un balón hinchado de aire que escuchar el aire engalanado y armonioso de una soprano obesa cantando una melodía. Yo, que tengo tantas “entradas” en la cabeza como para llenar un estadio, hice una carrera de esas llamadas con pocas “salidas”. Dado el cuello de botella, más estrecho que la interrogación de un cisne blanco, muchos han terminado retorciendo el parnasianismo para abrazar el pragmatismo. Pero, como dice Machado, el que no se llama Manuel,

solamente el necio “confunde valor y precio”. Claro está que Quevedo, don Francisco de, nos deja un algo, y aún algos, balbuceantes y con la boca abierta contándonos la verdad de la vida: “poderoso caballero es don dinero”.

Carta IV

Querida Zoe:

Como la economía no es solamente el índice de precios al consumo, y otras cosas así, hoy quiero hablarte en esta carta desde mi propio feudo profesional. En latín no existía el sonido ni la letra ñ. Ya en romance los copistas crearon para representar el nuevo fonema el signo “nn”. Pero como esta doblez suponía perder segundos de velocidad manual, más pergamino y aumento del gasto en tinta (la gota es la gota) abreviaron la letra y, para distinguirla de la n, le pusieron su sombrerito en la cabeza. En definitiva, economía filológica. Yo creo que los editores que traducen obras alemanas al inglés aumentan sus beneficios encogiendo las palabras y las páginas.

La economía del lenguaje existe en cualquier punto donde se practique una punción de la gramática. Vamos a suponer que el presente del verbo “comer” fuese: “yo como”,

“tú jalas”, “él manduca”, “Nosotros tragamos”, “vosotros engullís”, “ellos muerden”. ¿No es evidente que sobrecargamos el disco duro de la memoria? Es más racional y mucho más económico el uso siempre de una misma raíz acompañada de unas desinencias constantes. Los niños nunca han oído “morido”, pero sacan el participio de la norma general mediante la analogía. Y luego dicen que no saben...

Carta V

Querida Zoe:

La libertad cansa porque - ¿sería mejor acaso ser piedras inertes? - no podemos descansar nunca de ella. Siempre estamos condenados a decidir entre ése y aquel, esto o aquello. Quien no toma postura ya está tomando la postura de la inacción. Los economistas plantean muchas veces el clásico dilema siguiente: ¿Cañones o mantequilla? Es decir, una economía de guerra y otra para el bienestar material. Los países comunistas se parecen a enormes cajas fuertes hechas para guardar unas pocas monedas. Si las balas no se funden en mantequilla, la población reduce las calorías alimenticias. O se muere de hambre o se muere en la guerra. Yo mismo estoy aquí dando un buen ejemplo de “liberalismo económico”. Si se quiere decir algo, se debe callar también otra cosa que podría ser dicha en su lugar. Cada palabra

compite con otra distinta para figurar en una frase. ¡Cuantos nombres, verbos y adjetivos nonatos he estrangulado en mi mente cada vez que te escribo estas cartas!

Carta VI

Querida Zoe:

Cuantas más cosas nos traen los reyes, menos valor y aprecio tenemos a los juguetes. Ciertamente, hay un momento de borrachera. ¡Qué alegría! Pero luego, al día siguiente, sobreviene la resaca del entusiasmo. Aquel amasijo de plástico y pilas eléctricas termina arrumbado en el cuarto trastero. Este ejemplo te puede dar una cierta idea de lo que es la inflación. Las burbujas y los globos demasiado hinchados acaban explotando. Vamos a imaginar que te compras un móvil por cien euros (no pidas más). Cuando un político listo, con la máquina de imprimir billetes, dobla la cantidad de éstos, muchos creerán tener más dinero. Ahora bien, si en lugar de aumentar los móviles, crece el papel solamente, el dinero está devaluado. Como el rey Midas del cuento, tampoco podemos comer el oro ni tomar sopa de letras con tinta. Hoy das una patada en el

suelo y salen mil filólogos. Existe una inflación de títulos universitarios, un despilfarro lamentable de la inteligencia. Sobran las palabras, pues – para no inflar esta carta – al buen entendedor...

Carta VII

Querida Zoe:

Un banco es una empresa que te da uno por el dinero que tú le prestas y te pide seis por el dinero que ella te presta. Por supuesto, nadie trabaja por el amor a Dios, sin esperar ganancias, salvo las monjitas de la caridad que, por otra parte, de algún lugar debe caerles el dinero, pues éste no viene nunca llovido del cielo. Todos tenemos el vicio de comer tres veces al día y cinco los muy glotones. Antaño se pensaba que el dinero no engendraba dineritos, igual que una vaca nos da un ternero y la gallina nos proporciona los huevos. O sea, que el interés cobrado no era justo. Hogaño, aunque no se piense esto, se desea que el interés sea bajo. Claro es, los ahorradores y las ahorradoras, los inversores y las inversoras, y no los banqueros y las banqueras.

En el lenguaje también hay préstamos verbales. A veces, cuando nuestro vocabulario

no tiene activos suficientes, acudimos a los diccionarios extranjeros para solicitar alguna palabra nueva. No creamos que estas cesiones son exclusivamente generosas, desinteresadas, pues quien mete el pie en el léxico de una nación distinta pronto se quedará con la llave de la casa. La lengua – decía el andaluz Nebrija – es la “compañera del imperio”.

Carta VIII

Querida Zoe:

El principio de economía consiste en lograr el mayor rendimiento posible con el menor número de recursos a la mano. Si tienes solamente dos letras de alfabeto podrías hacer estas posibles palabras: a, b, aa, bb, ab, ba. Pero con unas treinta puedes escribir desde “tonto el que lo lea” hasta la “Crítica de la razón pura”, ahí es nada. El trabajo es hijo de la pereza. Se excava un túnel en la montaña para librarnos del esfuerzo de rodearla. Si para apagar un fuego se precisan cien personas cargando un cubo de agua, una sola manguera convierte en inútiles a noventa y nueve. Las máquinas (entre ellas la tecnología moderna) aumentan la producción, pero crean desempleo en el presente. Se precisa tiempo para hallar nuevas ocupaciones a quienes se han quedado con las dos manos metidas en los bolsillos. Y, mientras tanto, muchos son los que se ahogan

entre dos olas de prosperidad. La palabra “sabotaje” procede de “sabot” o zapato, pues los obreros metían éstos entre los engranajes para “sabotearlos”, provocar así una avería. El desempleo es un problema grave en las sociedades capitalistas (en las comunistas no es mejor, pues si todos trabajan es para no salir de la pobreza general). Y hablando de gravedad te diré que la palabra “grève” (huelga en francés) viene de la “gravilla” o guijarros que había en la plaza del Ayuntamiento de París, en donde los trabajadores en paro se congregaban en busca de trabajo). La huelga no se convoca para “juergas” ni “jolgar” los holgazanes sino para arrancar de las empresas todo lo que ellas son capaces de dar sin matar la gallina de los huevos de oro. En una huelga de los obreros de la Ford, el famoso industrial dijo que podía sustituir a sus trabajadores por máquinas. Entonces, un sindicalista— sabiendo que la primacía de la economía es la persona — le respondió: “sí, pero las máquinas no pueden comprarle sus coches”.

Carta IX

Querida Zoe:

Como ya has visto, arrimo el ascua a mi sardina y llevo las aguas a mi molino. Te dije que te hablaría sobre economía; luego afirmé que los principios de esta ciencia se pueden aplicar a cualquier actividad humana. Y, por último, de rondón y por lo bajinis, cuelo algunas caladas acerca del estudio del lenguaje. Ya lo sabes: hablar es comunicar. Y los comerciantes, para hacer sus tratos, intercambian palabras y mercancías. Al lado de una economía local, existe un comercio exterior. Los intermediarios se llaman traductores. Sin ellos cada nación consumiría solamente sus propios productos. Quienes dicen eso de “compra naranjas valencianas” se cierran, si todos hiciesen lo mismo, a comprar pasta italiana o comer dátiles marroquíes. El proteccionismo es paletismo. La cultura que,

sin servilismo, no se abre al mundo, adquiere las mismas taras de aquellos que se casan dentro de la familia. ¿No podemos leer a Sartre y tomar café de Brasil?

Carta X

Querida Zoe:

Siempre ha sido más agradable abrir el corazón para declarar nuestro amor que abrir nuestros bolsillos para hacer la declaración de la renta. Como bien sabes, Hacienda lo que debe hacer es “tomar” o “pedir” dinero al ciudadano para construir autopistas, pagar a los médicos, etc. El lenguaje, que es una herramienta muy sutil y capaz de hilar muy fino, tiene dos palabras muy diferentes para expresar el acto de recaudar el dinero privado para el erario público: “contribución” e “impuesto”. No es lo mismo, ni mucho menos, dar voluntariamente contribuyendo a una causa colectiva a que nos impongan un pago so pena de lanzarnos a los canes hambrientos de los inspectores. Es evidente que sin la coacción nadie, salvo los buenos en el mal sentido de la palabra, aflojarían la bolsa. Entonces eso de llamar “contribución” a lo que es imposición es

un eufemismo del lenguaje económico, un modo de hacer creer que participamos TODOS en la magna empresa nacional. Sólo que hay accionistas y accionistas. Unos son sardinas, otros ballenas. Cada cual defrauda según sus posibilidades.

Carta XI

Querida Zoe:

Ya conoces el dicho: “la bolsa o la vida”. Pues bien, muchos han perdido la vida en la bolsa. Algunos millonarios, hundidos en la depresión, se han suicidado lanzándose desde el pico de los gráficos hasta el valle de las lágrimas por el dinero perdido. También la literatura tiene sus valores. Unos autores cotizan al alza escribiendo novelas de éxito; otros, desde los escaparates, se han trasladado a las librerías de ocasión. Sin embargo, casos hay en los que la muerte resucita al escritor olvidado. Nadie lo recordaba, tal vez ni era conocido ya por los lectores modernos, pero los editores, como buitres de librería, publican de nuevo su obra completa esperando obtener con ello pingües dividendos de la defunción del finado. ¿No se habla siempre bien de los muertos?

Carta XII

Querida Zoe:

Ayer compré un libro de esos envueltos en plástico. O sea, a ciegas, atraído por el título como el mosquito por la luz de la farola. Y, claro, sentí una desilusión semejante a la de Jacob cuando su suegro le dio gato por liebre. Aquel plástico, a pesar de ser transparente, estaba al servicio de la opacidad. No vale decir que puede ensuciarse, pues siempre hay en el almacén para sustituir a la muestra al público. El comerciante, aunque sea honrado, tiene cierto tic a la picaresca. Ya habrás visto esos bocadillos con la tortilla, el queso o el chorizo saliendo del pan tan ostensiblemente como tramposamente. Y muchos botes nos ofrecen gratis tres dedos de vacío para engañar a la vista, como quien lleva tacones para simular mayor altura. En la Grecia antigua, una ley prohibía a los pescaderos arrojar agua sobre el pescado a la venta para que se vieran como frescos. Y los malos tenderos tienen la

tendencia a engañar en el peso como las mujeres en el cómputo de los años. Un mercado debe ser transparente. Piensa que alguien, desconocedor de su valor, vendiese a un cuco un cuadro de Picasso creyendo ser la obra de cualquier pintamonas escolar. Si hay listos, es porque hay tontos (o, desde el lado contrario del comprador, el timo del tocomocho) Mercader que no conoce su negocio debe la tienda ceder a otro.

Carta XIII

Querida Zoe:

Siendo niño aprendí el Padrenuestro que decía: “perdónanos nuestras deudas, así como.... y etc.”. Y luego vino eso de las “ofensas”. Dejando aparte las cuestiones teológicas – lexicógrafos tiene la Iglesia – yo no sé si perdonar éstas sea más difícil que condonar aquellas. Ciertamente, tienes mucha razón, existen profesionales del sablazo, chupadores del ahorro ajeno, deudores para quien un “pagaré” quiere decir un “no devolveré”. Contra estos sinvergüenzas de la cara de bronce, los acreedores inventan los más variados métodos de sacarles los siete colores del arco iris a los morosos impenitentes: cobradores de etiqueta, vestidos de payaso, disfrazados de pingüino, y cosas de ese estilo. Todo es bueno para señalar con el índice acusador al que pide sin restituir. Sin embargo, también están los buitres del

préstamo, esos paquebotes que exigen al náufrago sus andrajos como premio para el rescate. A éstos se les llama usureros, es oficio antiguo y muchos son hombres muy respetables, con corbata y palco en la ópera. Muchos banqueros que se hacen llamar “don” Mengano o don Peréngano son incapaces del perdón. ¿Qué importa un desahucio más o menos si las acciones cotizan al alta?

Carta XIV

Querida Zoe:

Los ingleses, siempre tan pragmáticos – no en balde se han especializado en el empirismo – dicen eso de “el tiempo es oro”. Pues bien, no hay mejor manera para expresar con esa ecuación la subordinación del espíritu a la materia. Tal vez se podría decir – y no es lo mismo - “el oro es tiempo”. Las minas auríferas han precisado muy largos periodos geológicos para gestar en sus entrañas los metales nobles. Y, pasando a la literatura, los editores exprimen el tiempo a sus autores a sueldo exigiendo su peso en oro. Un libro debe estar escrito a tiempo para la publicación en la fecha en que se regalan los libros. “La nueva novela de...” propagan muy astutos queriendo enlazar un *best-seller* con otro éxito de ventas. De ahí que la calidad de página, el estilo cuidado y pulido, los retoques adecuados, son malos para el negocio. El oro de las letras es muchas veces oropel, por falta de tiempo.

Carta XV

Querida Zoe:

He leído en algún lugar – no sé si ello es cierto- que una célebre editorial se equivocó llamándose “económica” en vez de “ecuménica”. Y no es que publicase libros de bolsillo en papel amarillento. Hasta el mejor bebedor se moja en alto con el porrón. Pero, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid y el Tajo lo hace por Toledo, podemos sacar algunas cuantas conclusiones del error. En la historia algunas meteduras de pata han tenido importantes efectos económicos. Cristóbal Colón, para ahorrarse tiempo y tormentas en ir a la India, tropezó con América. Y la pólvora – otra vez no sé si es cierto - se inventó en China por casualidad buscando un alquimista el elixir de la juventud. Claro está, le estalló en la cara. ¿No es una ironía de la vida que muriese buscando quitarse unos años, suprimir algunas arrugas y recobrar el vigor perdido en algunos miembros?

Carta XVI

Querida Zoe:

Algunos se oponen, no del todo sin ningún motivo, a la “Mamá Estado”, pero tampoco debemos convertir a éste en la madrastra de la Cenicienta (ya ves que que he actualizado los nombres siguiendo los tiempos modernos). Si unos quieren chupar de la teta pública desde la cuna hasta la sepultura, otros venderían en el mercado incluso la leche de los biberones. Ni tan calvo ni con dos pelucas. Los padres no pueden castrar la iniciativa de los hijos, deben darles alas para volar por ellos mismos, aunque siempre tengan una red extendida por si caen y una venda dispuesta para curar las heridas. Hubo en cierto tiempo lo que se llamó “darwinismo social” (una versión extremada del neoliberalismo). Los débiles, quienes no pueden subsistir sin ayuda, debían desaparecer conforme a la ley de la selección natural. Las crisis actuales han aprendido mucho de la gran crisis de los felices

años veinte. Sin la intervención del Estado, hasta los millonarios se arrojan por las ventanas de los rascacielos. Como el “black friday” se halla cerca del “jueves negro”, nos percatamos de que a las burbujas y la excesiva bonanza económica sigue eso de “cuanto más alto, más dura será la caída”.

Carta XVII

Querida Zoe:

El Producto Interior Bruto (PIB) es un concepto tan bruto que considera un aumento tener más basureros porque otros brutos tiran papeles al suelo y colillas en las aceras. Si hay más enfermos, se precisan más hospitales, médicos y enfermeras. Cuantos más ladrones, más policía. Y aumenta también el PIB cuando los borrachines foráneos beben más latas de cerveza en los *pubs*. ¿Hay más bienestar por ello en la sociedad? Por supuesto, no hay que despreciar nunca la macroeconomía, no lo quiera el dinero, pero tampoco quedarnos sólo con el marco del cuadro. No es fácil enlazar la luna que provoca las mareas y el mareo al ver el precio de la merluza en el mercado. Ya me dirás cómo entra en los presupuestos nacionales el aroma de las rosas y el número de las risas. Las carcajadas podrían ser un buen baremo de la felicidad en un país. No

hablo únicamente de aquella hilaridad momentánea y efímera que provocan los humoristas profesionales como si hurgasen dentro de nuestra seriedad cotidiana. No, no es una cuestión de hacer cosquillas en el cerebro con chistes cocinados. Sencillamente se trata de afrontar la vida en cualquier momento viendo la cara iluminada de la luna sin pensar en la oculta. Cuando eras muy niña decías que querías “colocaá” en lugar de “cola cao”. Pues eso, yo quiero verte bien “colocada” en el lugar que te mereces...y con una sonrisa de clínica dental.

Carta XVIII

Querida Zoe:

¿Hay algo más mezquino que enviar una carta a un enfermo señalando el costo de su tratamiento? Me dirás que es una forma de evitar el abuso, sí, pero con otro abuso. Yo comprendo que se les frote por la cara a unos montañeros imprudentes el precio de su rescate cuando las condiciones climáticas no eran las aconsejables. Pero decirle a un paciente de corazón: “Por tu culpa has tenido un infarto”. Claro está, si no se tomase el fútbol tan en serio ni ese penalti fallado por fulano en el último minuto del partido.... Además, si se quiere disuadir a quienes sufren cáncer de pulmón del tabaquismo, que se comience haciendo pagar al Estado por vender cigarrillos y puros. Otra cosa sería una hipocresía como la de las velas que lloran por consumirse a pesar de que existen solamente para consumirse. Y tal vez el costo de los

medicamentos de un griposo debe endosarse a quien le estornudó o bien el asma bronquial a los industriales que arrojan humos al aire que es de todos y, como Hacienda, no es de nadie. A esto los economistas lo llaman efectos externos negativos. Hoy, en nuestra aldea global, se habla mucho de contaminación, cambio climático, muerte del planeta, extinción de especies y con esos mimbres se construye un panorama desolador. Pues bien, ¿qué cartero mandará la factura que nos dé conciencia de la irresponsabilidad colectiva?

Carta XIX

Querida Zoe:

Primero filología, luego economía. La palabra “propiedad” se deriva de “privar” y ésta, posiblemente, de “prius”. O sea, la prioridad soy yo antes que nadie, y los demás que arreen después. En latín “propinquo” significa “cerca” (piensa en *prop* en valenciano) y la propiedad más cercana del hombre es sí mismo. “Mi cuerpo es mío”, dicen las abortistas ninguneando la aportación viril de ese cabezón con coleta llamado espermatozoide. En suma, la propiedad supone un “privilegio” o “ley privada”. De ahí que la tendencia natural del hombre sea siempre el egoísmo. Pero como el comunismo es fruto de la envidia individual, y no hace desaparecer a ésta, la propiedad privada espera paciente su restauración al caer la gran muralla colectiva. Sin embargo, el campesino no puede privarse de la leche ni el ganadero hacer lo propio de los vegetales. La

propiedad privada no puede sobrevivir sin cumplir una función social. Cuando no cumple ésta, el gobierno tiene el derecho legítimo de “expropiar”. Algunas veces el Estado comete un latrocinio, pero otras quien roba a un ladrón...

Carta XX

Querida Zoe:

Habrás observado que los pequeños carruseles existentes en muchos centros comerciales están casi siempre vacíos. Los padres, sin ser unos grandes tacaños, montan a los niños en los cochecitos de bomberos, los caballitos que saltan, los helicópteros, etc. Pero el carrusel no da jamás vueltas. Ahí está, estático, quieto parado. Nosotros, muy astutos, empleábamos un truco contigo. Metíamos una moneda inferior en la ranura y, claro está, decíamos que la máquina no funciona, está estropeada. Pero en otras partes, tu tío complaciente introducía la moneda adecuada y tú entonces exclamabas alborozada: “aquí funciona”. Pues bien, esos carruseles se hallan vacíos porque son caros para tan pocas vueltas. Sería como pagar el sueldo de un mes para escuchar una sólo canción en un concierto. Los empresarios ignorantes, avariciosos más que inteligentes, desconocen lo que los economistas

llaman “elasticidad de la demanda”. A poco que bajasen el precio, los carruseles darían vueltas y más vueltas como un trompo o un satélite artificial.

Carta XXI

Querida Zoe:

Ya conoces el juego: un número $n + 1$ de personas dan vueltas en torno a n sillas mientras suena una música. Cuando ésta cesa, los participantes se abalanzan para sentarse y, naturalmente, uno queda fuera. Como es lógico, quienes consiguen sentarse son aquellos que se hallan más cerca de la silla cuando se hace el silencio. O sea, están en el lugar adecuado en el momento adecuado. ¿Llueve? ¡Qué casualidad estar junto a una tienda que vende paraguas! Pero lo más habitual es que el tendero saque al escaparate los paraguas tan pronto como comiencen a caer cuarenta gotas. El negocio no viene al hombre, sino que es el hombre el que busca el negocio. Y para eso se precisa estudiar el mercado posible de un producto, el mejor medio para venderlo, etc. Los anglosajones, una vez más, nos han colado el barbarismo de “marketing”, con esa “ing”

final del inicio de “inglés”, que recuerda a un banco cuyo nombre no puedo mencionar. Yo, para acudir a nuestras raíces, hablaría mejor de “mercadotecnia”. Tan hábiles y duchos en “marketing” o “mercadotecnia” son los norteamericanos (un país que no tiene nombre propio, pues no lo es una denominación geográfica) nos han metido por toda la escuadra no sólo el fútbol, que no está mal, sino ese gordo de barbas, vestido de rojo y metido en un carro volante conducido por renos. Dejando aparte la prehistoria de Santa, el color rojo y blanco se asocia – no diré subliminalmente – a esa bebida negruzca llamada, ya tú sabes.

Carta XXII

Querida Zoe:

Un proverbio chino dice que no se debe hacer negocios con nadie antes de haber tomado juntos cien tazas de café. Algunos creen que esto es una pérdida de tiempo, una manera de eludir la línea recta para dibujar un arabesco inútil. Pero no debemos desdeñar la sapiencia de un pueblo milenario.

Pablo Galindo Arlés
11 de febrero de 2019